



## RACIONALIZACIÓN INSTRUMENTAL Y ENAJENACIÓN: CONSIDERACIONES EN TORNO AL *ETHOS* CAPITALISTA

Mario Humberto Hernández López\*

Quiero agradecer primeramente, la grata oportunidad de compartir esta mesa con tan distinguidos académicos en el marco del Coloquio “Ética y Capitalismo”, convocado por el Dr. Carlos Núñez, lo cual me honra altamente. Se me invitó a discutir algunas consideraciones en torno a la relación de la ética con el capitalismo; pero dado que esto representa una veta de análisis enorme, lo único que puedo ofrecer es una crítica panorámica sobre la gran estructura en la cual se desenvuelve la vida económica contemporánea, esa que se dirime en la relación Estado-sociedad y Estado-mercado; con base en derechos de propiedad definidos históricamente en torno al capital como eje articulador de la vida social, se involucra a la empresa orientada a la extracción de utilidades con la base del trabajo colectivo, dirigido, disciplinado, controlado, por medio de la *razón instrumental* hacia ese fin.

Justamente, me interesa problematizar esa racionalización instrumental en esta ocasión, ya que se erige como el fundamento que hace aparecer, artificialmente, el orden histórico prevaleciente como un orden totalitario, a tal extremo, que se revela a los ojos del *sentido común* como “natural”. Aquí es donde pretendo ofrecer mi crítica como cuestionamiento frente a esa falsa “naturalidad”; ya que, si en lo efectivo, las empresas se conducen día a día disciplinariamente, la

---

\* Doctor en Economía. Profesor-Investigador de la UAM Azcapotzalco, Departamento de Administración, Área: Estado, gobierno y políticas públicas, y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Contaduría y Administración.

labor del académico es trascender las apariencias y procurar esclarecer la lógica de esa pretendida obviedad, de la que se desprenden consecuencias humanas poco alentadoras en tanto que enajenantes y cosificantes.

Este concepto, que de suyo revela la apropiación que se hace en la empresa de las capacidades físicas e intelectuales del sujeto trabajador, se fundamenta en la jerga económico-administrativa ortodoxa, donde se habla con esta noción *posesiva* de la empresa que mantiene la “colección” de recursos y capacidades, orientadas a la consecución del fin lucrativo. Así, pues, la empresa colecciona medios para el logro de un fin, y parte de esa colección son los seres humanos que emplea, que usa. El trabajador es asumido entonces como parte del repertorio de *recursos*, es decir, *medios*, o bien, *instrumentos*, con los que la empresa produce los valores que serán lanzados al mercado<sup>1</sup>. En términos técnicos, los seres humanos son un *activo* más de la empresa, un ente depositario de valor abstracto mercantil cuyo precio, el salario, puede subir o bajar con independencia de las implicaciones sociales que tenga para el trabajador.

En este sentido, el discurso económico-administrativo afín al *mainstream* se refiere a la óptima combinación de esos medios o instrumentos para lograr los fines, y por ello, la empresa proyecta diferentes combinaciones que requieran mayor componente de trabajo humano o bien, en otras combinaciones se le sustituirá por activos objetivados. En ese camino, la empresa se sirve de los activos de que dispone, aisladamente de lo que suceda en el plano humano social.

Ahora bien, vale preguntar ¿cómo es que se llega a esta mirada del hombre, de la organización productiva y social? ¿Por qué hemos dirigido nuestro trayecto como civilización bajo estos criterios? Es ahí en donde aparece la razón instrumental, a la que me referiré ahora peculiarmente por las consecuencias

---

<sup>1</sup> La noción terminológica de ‘instrumento’ es sumamente reveladora, ya que es la que da cuenta de *medio utilizable para algo*, ya que ‘instrumento’ es: “aquello de lo que nos servimos para hacer una cosa”, y cuyo “conjunto de diversas piezas combinadas adecuadamente para que sirva con determinado objeto en el ejercicio de las artes y oficios”. Real Academia Española. *Op. cit.*, p. 1176.

derivadas de ella, predominantemente la enajenación del sujeto y el dominio que sobre él se ejerce.

Y aquí aparece ahora un verbo que desentierra el embrollo moral: 'servir', que es: "1) estar al servicio de otro; 2) estar empleado en la ejecución de una cosa por mandato de otro [...]; 3) estar sujeto a otro por cualquier motivo, aunque sea voluntariamente, haciendo lo que él quiere o dispone; 4) ser un instrumento, máquina o cosa semejante, a propósito para determinado fin; 5) ejercer un empleo o cargo propio o en lugar de otro"

¿Cuál es aquí el problema ético? Pues justamente que se asume a los sujetos como medios; contraponiéndose a la concepción ética de la dignidad humana más connotada, a saber, la de Kant, quien asume a todo hombre como un fin en sí mismo.

Al concebir a los seres humanos como medios, se les reduce a su condición instrumental, en tanto que medios de producción, o como lo dice la economía ortodoxa, *factores de la producción*. Vistos como medios o factores, su condición fundamental es ser "*empleados para...*"; o sea, ser instrumentos o herramientas usados para el logro de ese fin que es la rentabilidad de una empresa. De ello se colige que cuando se habla de recursos humanos, la referencia es considerar a los sujetos como instrumentos, y vale decir, como objetos o cosas. De ello que se hable de su cosificación, como dilución de la *sujetidad* humana a la concreción utilitaria de su fuerza de trabajo, o para usar un eufemismo, de su capacidad laboral.

Evidentemente el reconocimiento de este problema no es novedoso; ya grandes pensadores como Marx, Weber, Heidegger, Horkheimer, Adorno, Marcuse o Schumpeter lo han advertido. ¿Por qué volver sobre ello, entonces? Pues sencillamente porque el hecho sigue presente, y con silenciar los problemas éstos no se resuelven. Antes bien, la reflexión teórico-filosófica de los problemas hará bien en ayudar a liberar la condición existente de los hombres, antes que

plegarse también a su dominación. Por ello es que vuelvo sobre este asunto, atendiendo ese eje clave que es la racionalidad instrumental.

Por *racionalidad instrumental* se entiende aquella forma de percibir y asumir una idea del mundo y del hombre mismo, de cara al logro de fines por medio de la práctica de esa idea. Las razones que se tienen son pues, motivos para actuar de determinada manera, y esa acción está a su vez, modulada por ciertas creencias e intenciones. Esa idea del mundo es lo que la Modernidad ha trastocado cuando, en su entrenamiento, ha modulado las creencias e intenciones de los hombres a un fin, que es el concepto seductor de *progreso*<sup>2</sup>.

Para la Modernidad, el progreso se asume como la andanza hacia un “adelante”, sincretismo de un “más y mejor” materializado en una mayor eficiencia productiva, un mayor control sobre el mundo y el premio de una felicidad abstracta para los hombres al desembarazarlos de la faena de la labor. Pero, ¿qué ha ocurrido? ¿Cuál es el fruto de la aventura moderna y sus proyectos? ¿Qué consecuencias ha tenido para la humanidad? ¿Por qué el supuesto beneficiario de ese premio sigue sometido al dictado de la explotación? ¿Por qué la modernidad sólo ha encaramado a unos cuantos, dejando a las gruesas mayorías desprovistas de lo elemental? ¿Por qué esta misma minoría no es, a pesar de sus logros materiales, libre, sino sólo una corporeidad prestada al servicio de la reproducción del valor económico? Me es notoriamente imposible responder puntualmente a tantas interrogantes, pero se puede avanzar un poco sobre su herramienta de fundamentación y justificación, es decir, la aludida razón instrumental.

En tanto que, como reconoce Bolívar Echeverría, la Modernidad “[...] es un modo de totalización civilizatoria [ejerce] grados de dominio sobre la vida social”<sup>3</sup>, para lo cual ejerce un dominio a través de la racionalidad; así, con el ascenso, consolidación y acaso crisis del proyecto civilizatorio de la Modernidad, la razón se convierte en un medio supeditado a fines, es decir, se instrumentaliza de cara a

<sup>2</sup> Cfr. Horkheimer, Max y Adorno, Theodor. *Dialéctica de la Ilustración*.

<sup>3</sup> Echeverría, Bolívar. *Las ilusiones de la modernidad*, p. 187.

logros consistentes en el dominio sobre el mundo, el control sobre lo otro, que es la naturaleza escindida del hombre adquirente de una conciencia que lo aparta de ella. Queda el sujeto, pues, desprovisto de su naturaleza colectiva y afectiva<sup>4</sup>, la idea del mundo deshecha la magia y la sustituye por la lógica, cuyo racional-ismo, perfila u ordena a un sujeto individualizado y egoísta, o en términos gerenciales, “competitivo”, sometido bajo la exigencia de ser “ganador” en la competencia *contra* (con y frente a) los demás sujetos, a quienes debe superar en cuanto a la posesión y ostentación de objetos. Dado que los hombres no pueden evidenciar su victoria más que por los ornamentos, frutos del progreso, la superioridad entre los hombres modernos se exhibe por lo que Veblen llamaba la *emulación pecuniaria*.<sup>5</sup>

Para el logro de ese fin, que va más allá del sujeto individual, por más que éste sea su portador corpóreo, la civilización moderna, con su antítesis egoísta entre sujeto y sujeto, se dirige en sí misma, a la obtención de metas crecientes, insaciables de hecho. Nunca es suficiente, nunca se tienen suficientes alimentos, suficientes autos, suficiente dinero, suficiente éxito o poder. La Modernidad ha vuelto insaciables a los hombres, en un mundo cuya finitud ecológica parece estar a la vuelta de la esquina, y donde prolifera escasez económica.

En determinado momento, al hombre contemporáneo le parece que la condición capitalista es “natural”, que siempre el mundo y la organización de la vida social ha sido así, y que siempre lo será. Y es que, como reconoce Schumpeter, “[...] la actitud racional penetra, probablemente, en el espíritu humano ante todo a causa de la necesidad económica; a la tarea económica de cada día es a la que nosotros, como raza, debemos nuestra capacitación elemental en el pensamiento y en la conducta racionales, y yo no vacilo en decir que toda la lógica se deriva del modelo de la decisión económica, [...] el modelo económico es la matriz de la lógica”.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Cfr. Schumpeter, Joseph. *Capitalismo, socialismo y democracia*, cap. 11.

<sup>5</sup> Cfr. Veblen, Thorstein. *Teoría de la clase ociosa*, caps. 1 y 2.

<sup>6</sup> Schumpeter, J. A. *Op. cit.*, p. 170.

Así, la racionalidad instrumental se manifiesta en su verdadera faz, que es la racionalidad económica, “[...] este tipo de lógica o método de comportamiento comienza entonces su carrera de conquistas, subyugando —racionalizando— las herramientas y las filosofías del hombre, sus prácticas médicas, su imagen del cosmos, su visión de la vida; en realidad, todo, incluso su concepto de belleza y de justicia y sus ambiciones espirituales”.<sup>7</sup>

Por esa racionalidad, impuesta de verdad por la cotidianidad del despliegue de la vida diaria realmente existente, plagada de necesidades *auténticas* e *inauténticas*, el capitalismo “[...] ha producido no sólo la actitud mental de la ciencia moderna, [...] sino que ha creado también los hombres y los medios”. En este sentido, la peculiaridad de la Modernidad capitalista estriba en que “[...] ha constituido, en definitiva, la fuerza propulsora de la racionalización del comportamiento humano”.<sup>8</sup>

Es en este sentido donde encajan las técnicas administrativas de recursos humanos, las que se corresponden armónicamente con la modernidad capitalista y su racionalidad instrumental; la aceptación tácita del mundo existente y su comportamiento coadyuvante, parece ubicarse dentro de lo que Bolívar Echeverría denomina el *ethos realista* frente al mundo de la vida. Éste *ethos* es militante del capitalismo, sostiene vehementemente su “[...] carácter afirmativo no sólo de la eficacia y la bondad insuperables del mundo establecido o ‘realmente existente’, sino de la *imposibilidad* de un mundo alternativo”.<sup>9</sup>

Por ello la Modernidad capitalista no sólo se traduce en la producción de satisfactores, no sólo vuelca sobre el mundo aeroplanos, refrigeradores, televisores, etcétera, sino que *produce* un estilo de vida afín, con profesiones afines, una estética afín, una literatura afín, etcétera. Todo ello es viable por que hay una racionalidad, una mirada del mundo que le es compatible para su despliegue holista.

---

<sup>7</sup> *Ibíd.*, p. 171.

<sup>8</sup> Schumpeter, J. A. *Op. cit.*, pp. 172-173.

<sup>9</sup> Echeverría, Bolívar. *Op. cit.*, p. 164. Subrayado original.

Con el desarrollo tecnológico, la racionalidad instrumental aspira a mantener bajo su control todo, por la gracia de conocerlo todo, cuantificarlo todo, hasta que su dominio le permite evitar el reconocimiento de la contradicción y la eclosión del conflicto. Como bien advirtió Marcuse, “El progreso técnico, extendido hasta ser todo un sistema de dominación y coordinación, crea formas de vida (y de poder) que parecen reconciliar las fuerzas que se oponen al sistema y derrotar o refutar toda protesta en nombre de las perspectivas históricas de liberación del esfuerzo y la dominación. La sociedad contemporánea parece ser capaz de contener el cambio social. [...]. Esta contención de cambio social es quizá el logro más singular de la sociedad industrial avanzada”.<sup>10</sup>

Quedan fuera de esa racionalidad, y así se *in-validan*, todas las demás formas de creencias que no sean compatibles con la racionalidad instrumental, ya que incluso el pensamiento metafísico alcanza su nicho de mercado, las creencias mágico-religiosas forman parte de una gama de opciones cada vez más amplia y al gusto del consumidor; solo hay lugar para los métodos que dan un orden a la consecución de fines, para cuyo éxito, todos los medios son *justificados*. Así es que se ha deformado a Maquiavelo, forzándolo a decir pragmáticamente, en las letras y bocas de quienes le desconocen: “el fin justifica los medios”.

Y sin embargo, en medio de esa *promesa* de aventura, poder, alegría y crecimiento que es la Modernidad, permanece latente el riesgo, la amenaza destructiva y notoriamente, la polarización, la desigualdad, dado que la promesa sólo es asequible para unos cuantos, para aquellos que se adaptan mejor al orden prevaleciente; para quienes taimadamente se infiltran, por las buenas o por las malas, a la gran mesa del disfrute ambrosiaco. La ventura prometida se cumple a medias, y no es para todos. El desposeído debe enajenar su fuerza de trabajo y para ello, habrá de aspirar a mantenerse en el juego.

No se censura a la razón, se propone una reforma del entendimiento de cara a humanizar nuestro proyecto, de elegir una civilización que libere a los hombres, que denuncie y así combata, la servidumbre ante el capital.

<sup>10</sup> Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional*, p. 22.

**Bibliografía:**

Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México, Siglo XXI, 1988.

Horkheimer, Max. *Crítica de la razón instrumental*. Madrid, Trotta, 2002.

Horkheimer, Max y Adorno, Theodor. *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Trotta, 2004.

Echeverría, Bolívar. *Las ilusiones de la modernidad*. México, UNAM/El Equilibrista, 1995.

Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional*. Barcelona, Ariel, 1987.

Marx, Karl. *La tecnología del capital*. México, Ítaca, 2005.

Rusconi, Gian Enrico. *Teoría crítica de la sociedad*. Barcelona, Martínez Roca, 1969.

Schumpeter, Joseph A. *Capitalismo, socialismo y democracia* [vol. I]. Barcelona, Orbis, 1983.

Veblen, Thorstein. *Teoría de la clase ociosa*. México, FCE, 1974.